Globethics Repository



Bolivia: evolución y crisis del movimiento obrero [Bolivia: Evolution and crisis of the labor movement]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Baldivia, José
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-19 14:41:24
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221343

Nueva Sociedad Nro. 83 Mayo-Junio 1986, pp. 103-114

Bolivia: evolución y crisis del movimiento obrero

José Baldivia

José Baldivia: Economista y periodista boliviano. Director de Estudios de la Comunicación en el Centro de Estudios del Tercer Mundo (1976-1979). Consultor de Naciones Unidas. Autor de varios libros y ensayos entre los que se destacan: "Bolivia otra lección para América" (coautor J.L. Alcázar); "Estado y Comunicación" (coautor P. Arriaga); "La Industria Cultural en América Latina" (coautor P. Arriaga).

En uno de los países más inestables del continente es difícil encontrar constantes referenciales para el análisis, pero habrá que convenir que la clase obrera boliviana - casi igual que los militares aunque con diferente sentido - ha adquirido el carácter de núcleo articulador de la dinámica social y política de la nación.

La expresión organizativa de este polo referencial no ha sido, sin embargo, el partido político, sino la Central Obrera Boliviana (COB), un organismo sindical que rebasa el marco reivindicativo y, además de incursionar en la política obrera por momentos, adquiere capacidad de convocatoria nacional a partir de los postulados y consignas de su sector de vanguardia: los trabajadores mineros.

Que un núcleo relativamente reducido de la sociedad civil haya adquirido tal peso en los últimos 30 años tiene explicación en el abigarramiento del país, el mismo que determina que el sector más moderno y organizado contenga, entre otras cualidades, la de caudillo. Sin embargo, para bien o para mal la crisis actual viene produciendo mutaciones importantes que, a su vez, anuncian cambios profundos en el carácter y condicionamiento de los agentes sociales en general y de la clase obrera en particular.

Que la clase obrera boliviana es poseedora de un elevado nivel político, es algo que se ha repetido desde hacia varias décadas, aunque, a decir verdad, pocos se han esmerado en profundizar el contenido de este aserto, inmerso como está en el

conjunto de mitos que la conciencia social ha acuñado en algunas décadas de historia política obrera.

En rigor, no se trata de dilucidar verdades o falsedades absolutas, sino de establecer las condiciones en las que el aserto es certero y aquéllas en las que adquiere el carácter de dato hiperideologizado, carente de circunstancialidad histórica y, por tanto, de valor para el análisis y para la práctica.

La simple negación de la vitalidad del movimiento obrero boliviano choca con los datos de la realidad, lo mismo que su afirmación a ultranzas. De ahí que resulte interesante introducirse en el análisis de las condiciones de su constitución como **clase en la política**, de sus características cuantitativas y cualitativas, de las circunstancias de sus éxitos y fracasos, etc.

El contexto y la contextura

La clase obrera boliviana es, en primer lugar, una expresion y, a la vez, un componente de un país atrasado, débilmente conformado como Estado nacional y con fuertes rezagos precapitalistas; pero es primordialmente un proletariado que en su sustrato mas importante y vital - el de los trabajadores mineros está ubicado en el sector más dinámico de la economía, aquél que no solamente provee las divisas por exportaciones, sino que motoriza el conjunto de actividades productivas, comerciales y de servicios. De ahí que se constituya en la clase más nacional y moderna del país, capaz de convocar a otras clases a imponentes movilizaciones democráticas[1].

Numéricamente, es un proletariado reducido y, a simple vista, podría ser ubicado en la categoría de "incipiente", con todas las connotaciones de esta caracterización construida por Bonilla a propósito de los mineros de Los Andes[2]. Sin embargo, la inserción de la actividad minera con un peso determinante en la economía nacional ha hecho en el caso de Bolivia que una clase obrera minoritaria influya, por ejemplo, a la mayoría nacional campesina y no a la inversa.

Cierto es que en su conjunto el boliviano es un proletariado sumamente heterogéneo, pero no es menos cierto que tiene en los mineros a un sector que es moderno por la modalidad de organización del trabajo en la que actúa y por sus manifestaciones superestructurales. Así como la heterogeneidad tiene un polo de referencia en la vanguardia minera y desarrolla un hilo de continuidad a partir de ella al pasar por las instancias proletarias o semiproletarias intermedias hasta llegar al campesinado.

En el caso de los mineros, estamos ante la presencia de trabajadores libres que han culminado a plenitud su proceso de: descampesinización o, como diría Zavaleta,

1 Se alude aquí no sólo a las movilizacioncs antidictatoriales por las libertades cívicas, sino también a aquéllas orientadas a la afirmación de la nación respecto a los recursos naturales y a la soberanía.
2 Bonilla, Heraclio: **El minero de Los Andes**, IEP, Lima, 1974.

"son obreros, hijos de obreros"[3], físicamente instalados en ciudades aisladas del resto del país (campamentos, se dice en Bolivia), donde han perdido contacto con la raíz campesina de sus abuelos y eventualmente de sus hermanos y donde la reproducción sistemática de la ideología dominante sólo está dada por la presencia de los pequeños comerciantes y la reciente penetración de la televisión.

El resto del proletariado está disperso en las ciudades, en la incipiente industria fabril y tiene no solamente una menor concentración, sino también una raíz campesina más inmediata. A diferencia de la personalidad del minero, la del fabril habitualmente se agobia ante la coerción estatal, ante la presencia de la "modernidad" citadina y ante la cultura blancoide; ésta última con fuertes contenidos de discriminación racial subyacentes. Las contradicciones se manifiestan también aquí con agudeza, pero lo hacen más parceladamente o a la manera de arrebatos de ira, sin esa visión con la que los mineros funden lo reivindicativo con lo histórico.

El proletariado fabril es, en fin, menos determinante en la economía de Bolivia y, por ello mismo, tiene peso menor en la política, pero su dimensión se agiganta en los ascensos revolucionarios, en los momentos de impugnación del poder estatal. Ello ocurre debido al estrecho vínculo de los trabajadores fabriles con los que genérica y poco científicamente se denominan "pobres de la ciudad y del campo".

En efecto, los fabriles habitan los barrios pobres de las ciudades, junto con los desocupados, los artesanos, los vendedores ambulantes y los migrantes rurales, formando con ellos verdaderos cordones de miseria en torno a las urbes. En ese medio gozan de prestigio y autoridad de opinión no sólo por ser alfabetizados, sino también por su capacidad de organización y sus elementales ideas contestatarias, aprendidas en el sindicato de fábrica, primerísima escuela de democracia y de fundamentación de derechos.

Son los fabriles un verdadero sector "puente", pues, además de influir en lo estratos sociales urbanos de pobreza y marginalidad, tienen estrecho contacto con el campo, donde poseen lazos familiares inmediatos y donde se repliegan cuando aumenta la cesantía.

Esta potencialidad de los obreros industriales rara vez se ha concretado con éxito para vigorizar la movilización popular y tiene todavía la precariedad de un fenómeno novedoso, intermitente y condicionado por las circunstancias . De todos modos ha hecho sus primeros atisbos durante las elecciones de 1978, cuando una sorprendente conexión campo-ciudad impidió el fraude electoral de los militares y, en 1979, cuando la huelga general frente al golpe de Estado del coronel Natusch recibió el imponente respaldo de la barricada en las villas y de los bloqueos de caminos en el campo.

3 Zavaleta, René: "Forma clase y Forma multitud", en **Bolivia Hoy**, Siglo XXI Editores, México, 1983.

En suma: la población propiamente proletaria del país no llega al 20 por ciento de la Población Económicamente Activa (PEA) y tiene marcadas tendencias a reducirse (en 1981 sólo llegó a 17.7 por ciento), como consecuencia de la terciarización de la economía, el cierre de minas y fábricas y el consiguiente crecimiento de la desocupación. Sin embargo, al menos en su sector minero, es una minoría que ha tenido sobre sus espaldas la economía de la nación y tiene conciencia de ello. Por eso es que sus movilizaciones no se detienen en los marcos reivindicativos, sino que asumen como propias las tareas nacionales en su conjunto.

A despecho de la teoría, la relación cuantitativa de la clase obrera respecto a las otras clases y el rezago de la formación social carecen de importancia para una caracterización definitiva del movimiento obrero boliviano. Ha sido más bien el contexto de su nacimiento y de su acumulación como clase el que ha determinado su contextura y ha hecho de él un ente colectivo capaz de centralizar la polarización política del país.

Sin embargo, también la teoría suele jugarle sus trampas a la constatación empírica y hoy, en plena crisis, la sociedad boliviana parece verificar aquella ley según la cual la acumulación de cambios cuantitativos genera, por saltos, o por revolución, mutaciones cualitativas profundas, que trastocan o echan por tierra las que se creía consolidadas como verdades históricas.

La ininterrumpida terciarización de la economía, la pauperización de los yacimientos minerales, la crisis internacional del estaño, el agotamiento del ciclo de la reforma agraria y aun la deuda externa están introduciendo modificaciones sustanciales en aquel contexto que nos servía de referencia para caracterizar a la clase obrera boliviana y, sin duda, ello incidirá en su peso económico, social y político; de hecho, 1985 marca el año en que, por vez primera, la Central Obrera Boliviana sufre una grave derrota social en un ambiente de democracia política.

Parece, pues, pertinente seguir a grandes trazos la evolución y los condicionamientos circunstanciales más importantes de la COB, en tanto expresión sustancial de la clase obrera boliviana.

El momento constitutivo

La población total de Bolivia era, en 1950, de 3.019.000 habitantes y 26 años más tarde, en 1976, no había logrado duplicarse, alcanzando a 5.026.910 almas, según los censos de ambos años. Las estimaciones para 1981, último año con datos laborales confiables, indican una población de 5.775.072.

Es interesante constatar la estructura de la población económicamente activa para los años señalados (cuadro N° 1) pues ella muestra una clara evolución hacia la terciarización, a pesar de la persistencia de las actividades agropecuarias. La pertinencia de la comparación entre 1950 y 1976 es clara: el primero marca el

ultimo censo realizado apenas dos años antes de la revolución nacional y de la fundación y ejercicio del cogobierno de la Central Obrera Boliviana. A su turno, el segundo no sólo marca el año del censo siguiente, sino también el fin de la prosperidad generada por precios internacionales altos para los productos de exportación, el agotamiento del modelo de desarrollo surgido de la revolución de 1952 y la decadencia del régimen autocrático del general Hugo Banzer.

El marco de gran vigor de la COB era aquél que muestran los datos de la década del '50. Se trataba, en primer lugar, de un país en revolución que, en una feliz convergencia de obreros, capas medias y campesinos había hecho suya la causa del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el partido ganador de las elecciones de 1951 al que la vieja oligarquía se había negado entregar el poder. Es, pues, un momento de virtual integración del sindicalismo en el partido gobernante al cabo de una definición violenta del problema de poder.

En aquellas circunstancias, si bien el proletariado era numéricamente más pequeño que ahora, mediante una vigorosa alianza con otros sectores había destruido a su principal enemigo, haciéndose virtual dueño de la situación: la COB ejercía el cogobierno con el MNR y por esa vía obtenía un papel definitorio en las relaciones laborales; la oligarquía minera y latifundaria había sido expropiada y el control obrero con derecho a veto supervisaba la economía; finalmente el ejército había sido aniquilado en los combates callejeros y las milicias obreras ejercían un importantísimo poder coercitivo.

La contradicción trabajo asalariado-capital pasó a tener entonces como interlocutores principales a la central obrera, por una parte, y al Estado por otra, debienda éste último administrar en su interior un difícil equilibrio entre la nueva burguesía y la clase obrera cogobernantes. De ahí la intensa pugna intrapartidaria librada entre 1952 y 1960 que culminó con el alejamiento final de la COB.

Pero, además del vigor consecuente a un triunfo tan contundente, la Central Obrera Boliviana de aquellos años era la expresión social más acabada de los productores directos, de la fuerza de trabajo strictu sensu, la misma que tenía preminencia numérica sobre el resto de los sectores sindicalizados (cuadro N° 2).

Sucedía no solamente que los sectores de incidencia obrera representaban el 14.8% de la PEA frente al 12.4% de los sectores de incidencia de capas medias, sino que, además, en el seno de los primeros había hegemonía cualitativa y cuantitativa de los productores directos, fabriles y mineros principalmente. Por otra parte, la presencia sindical de artesanos independientes y aun de pequeños comerciantes no constituía una rémora política significativa, en la medida en que se trataba de estratos también integrados en el partido de la revolución, económicamente pobres y semiproletarizados y profundamente enemistados con la oligarquía que acababa de ser derrotada.

La mayoría nacional campesina carecía de peso específico en la central obrera

durante los años 50, debido a que formalmente no estaba incorporada a ella y - lo que es más importante - debido a que en su caridad de beneficiaria principal de la revolución nacional había pasado de la calidad de masa de siervos feudales a la de muchedumbre ciudadana y pequeño-propietaria y se hallaba, por tanto, ensimismada en la explotación de su conquista.

CUADRO Nº 1

POBLACION OCUPADA POR RAMA DE ACTIVIDAD

Rama de actividad	1950 Nº	1950 %	1976 Nº	1976 %	1981 Nº	1981 %
Agricultura, ganadería	973.959	72,1	744.184	48,1	780.698	46,3
Minería	43.441	3,2	60.339	3,9	71.150	4,2
Industria	109.591	8,1	156.263	10,1	168.454	10,0
Petróleo	–	–	4.642	0,3	6.440	0,3
Construcción	25.749	1,9	88.188	5,7	79.510	4,7
Transporte y Comunic.	21.279	1,6	60.339	3,9	94.924	5,6
Gas, agua y alcant.	–	–	2.850	0,2	6.957	0,4
Comercio, crédito y seguros	57.112	4,2	127.495	8,2	138.687	8,2
Servicios en general	110.530	8,2	302.859	19,6	337.715	20,0
Sin especificar	9.121	0,7	–	–	–	–
Total	1.350.782	100,0	1.547.159	100,0	1.684.535	100,0

FUENTE: Cuadro elaborado por el autor a partir de: Censo 1950. Oficina de Censos y Estadística. La Paz 1951; Resultados del Censo de Población y Vivienda de 1976. Vol. 10 INE. La Paz 1978; Anuario de Estadísticas del Trabajo. MACA. La Paz 1982.

CUADRO Nº 2

POBLACION OCUPADA POR GRANDES SECTORES

Sectores	1950 Nº	1950 %	1976 Nº	1976 %	1981 Nº	1981 %
Sectores de incidencia obrera (1)	200.060	14,8	374.621	24,2	427.435	25,4
Sectores de capas medias (2)	167.642	12,4	430.354	27,8	476.402	28,3
Sectores de incidencia campesina (3)	973.969	72,1	744.184	48,1	780,698	46,3
Sin especificar	9.121	0,7	–	–	–	–
Total	1.350.782	100,0	1.547.159	100,0	1.684.535	100,0

(1) Comprende minería, industria, petróleo, construcción, transporte, gas, agua y alcantarillado.
(2) Comprende comercio, crédito, seguros y servicios en general.
(3) Comprende agricultura y ganadería.

FUENTE: Idem cuadro Nº 1.

Este distanciamiento obrero-campesino, en tanto no se planteaba como antagonismo, contribuyó a otorgar a la COB un perfil combativo en las contingencias sociales y una perspectiva histórica en el tratamiento de los problemas nacionales, pero habría de convertirse en el principal factor de

aislamiento del movimiento obrero años más tarde, en la década de los 60, cuando la COB abandonó el cogobierno con el MNR y el campesinado fue apuntalado social y militarmente contra las movilizaciones laborales por el propio gobierno del MNR (período 1960-1964) y por la dictadura del general Barrientos (1964-1969).

Finalmente, en los primeros años posrevolucionarios, el determinante de última instancia, el económico, planteaba al país una organización tal del trabajo social que la minería era el sector más vigoroso de la economía y el nervio y motor de la vida política de la nación. Ello, a su vez, era consecuencia de una acumulación histórica superestructural (los mineros contribuyeron decididamente al desarrollo de la conciencia nacional), pero también era resultado de la tradicional dependencia del país respecto a la minería de monoproducción y monoexportación.

Todos los elementos descritos contribuían a vigorizar el papel de los obreros como referente social indiscutible. De ahí que, por ejemplo, una huelga minera haya constituido por entonces, además de un importante movimiento social, un detonante político capaz de estremecer al país y hacer tambalear gobiernos.

Las constantes y las modificaciones

La descripción y el análisis de algunas peculiaridades del movimiento obrero de la década de los 50, permite detectar variables cuya evolución parece importante seguir, pues se constituyen en hipótesis cuya constatación permitirá explicar sus altibajos, sus éxitos y derrotas, sus avances y retrocesos. Estas hipótesis son las siguientes:

- El vigor del movimiento obrero boliviano está en directa relación a su capacidad de convocar a otras capas sociales y, a la inversa, su aislamiento lo conduce al debilitamiento y a la derrota.

Los momentos más esclarecidos de la clase obrera tienen que ver con la hegemonía sindical-política de los productores directos, particularmente de los mineros, y se traducen en consignas democráticas aglutinantes antes que en postulados radicales y maximalistas.

- La evolución de la economía boliviana y su crisis general han reducido considerablemente el peso social y político de los núcleos proletarios históricamente consagrados como de vanguardia.

El seguimiento de estas variantes en 1976 muestra que si bien la ocupación generada por la minería y la industria crecieron como resultado del proceso modernizador iniciado en 1952, no lo han hecho en la medida y en la forma de los sectores terciarios (del 4.2 al 8.2 el comercio y del 8.2 al 19.6 los servicios).

Sin embargo, este cambio, a pesar de los efectos en la composición del movimiento

sindical, no se tradujo todavía en una reducción del vigor de la COB. Al contrario, 1976 marca el inicio de la reorganización del movimiento obrero proscrito, con su correlato inmediato en un ascenso de los partidos de izquierda, el mismo que culminaría luego en los triunfos electorales de la Unidad Democrática y Popular (UDP), en 1978, 1979 y 1980, todos ellos negados por sucesivos golpes militares.

Dos parecen ser los fenómenos explicativos que posibilitaron esta recuperación y que al mismo tiempo condicionaron el debilitamiento y ulterior caída del general Hugo Banzer: por un lado, el agotamiento del ciclo de la reforma agraria y, por otro el inicio de la crisis recesiva.

La reforma agraria instauró la era de los ciudadanos allá donde antes había siervos, pero en 1976, y aun antes, en 1974, el sustento económico de esta reforma había iniciado su agotamiento inexorable[4]. En 23 años, la pequeña propiedad se fue subdividiendo por la sucesión hereditaria y provocó la pauperización de la mayoría nacional campesina, la misma que, por una parte, inició su migración hacia las ciudades, y por otra, se volcó a la movilización social, haciendo posible, de este modo, la renovación de la alianza obrero-campesina tras 23 años de divorcio.

A su vez, la crisis internacional echó abajo los precios de los productos con los que el régimen de Banzer pretendió diversificar el comercio exterior boliviano y con los cuales había creado durante algunos años una aparente bonanza. Los precios del estaño también cayeron, pero al tener la minería un soporte estructural más sólido, su producción volvió a ser el sostén principal de la economía, devolviendo a los mineros su hegemonía social.

Renovación de la alianza obrero-campesina y renovación de la incidencia económica de la minería, o lo que es lo mismo, agotamiento de la reforma agraria y fracaso del modelo dependiente-exportador ensayado por Banzer entre 1971 y 1977, dos elementos claves para explicar el renacimiento de la COB, esta vez con campesinos integrados orgánicamente a ella, políticamente radicalizados y apoyando las opciones electorales de izquierda.

Esta nueva vitalidad se reforzó con ingredientes tales como el descontento de la capas medias e incluso el fraccionalismo surgido en la institución que había monopolizado la política por más de 20 años: la fuerzas armadas. De ahí el gran poder de la convocatoria obrera, capaz de aglutinar tras sus consignas democráticas casi al conjunto de la nación.

De 1976 a 1982 sorprende la ductilidad y penetración de la COB, que no sólo organiza la resistencia nacional frente a los regímenes militares (incluyendo los golpes del coronel Natusch en 1979 y del general García Meza en 1980), sino que posibilita la reapertura del proceso democrático en 1982. Por momentos, el

4 En 1974 los campesinos de algunos valles de Cochabamba se amotinaron contra Banzer y sufrieron los efectos de una masacre.

organismo laboral se asemeja más a un gran movimiento cívico que a un sindicato, pues sus consignas encarnan el sentimiento colectivo y sus huelgas generales (sólo tres en 6 años) movilizan a todos los sectores ocupacionales.

Sin embargo, el país no era ya el mismo, y ello se refleja en el comportamiento de los agentes sociales. El transportista pequeño-propietario, semiproletario por sus condiciones de vida, devino camionero a microbusero enriquecido en la época de bonanza en actividades terciarias o de contrabando; en lugar del tendero pobre, identificado con las necesidades del vecindario, surgió el próspero abarrotero contrabandista, diestro en jugar con las diferencias de precios en los países vecinos. Transportistas y comerciantes minoristas fueron dos sectores importantes que se alejaron paulatinamente de la COB, para convertirse luego en base social de los regímenes militares y de las opciones electorales de derecha.

Pero, al interior mismo de la COB, se habían producido mutaciones importantes que se reflejaban en una mayor proporcionalidad de los sectores de ocupación terciaria. El cuadro N° 3 muestra que solamente en un año, de 1980 a 1981, la población obrera se redujo en un 1.2%, mientras que se elevó en igual porcentaje la incidencia de los empleados dentro de la masa asalariada. Lejos de detenerse, este proceso se ha acentuado en 1984 y 1985.

La evolución es importante, pues ella tiene que ver con el comportamiento de la central obrera, otrora influida gravitantemente por los mineros y hoy presionada desde dentro por los sectores de reciente fuerza sindical que se muestran en cuadro N° 4. Cierto es que, según la tradición, los mineros gozan de una suerte de voto calificado en el seno de la matriz laboral, pero el privilegio no es absoluto y su ejercicio ha sido posible merced a la acción de cuadro sindicales de extraordinario nivel provenientes de las minas.

Agobiados por una crisis en la que virtualmente da lo mismo que trabajen o no lo hagan, pues los costos de explotación son casi el doble del precio internacional los mineros han dejado de abastecer de nuevos cuadros a la Central Obrera Boliviana y a su misma federación. En su lugar han sido representantes de bancarios, maestros y empleados del Estado los que han cobrado fuerza y capacidad de dirección en el máximo organismo laboral del país.

La explosividad de los trabajadores de corbata, desesperados por su pauperización hizo presa por momentos de la COB y la empujó a enfrentamientos sin salida, luego de los cuales sobrevino la desmoralización y la pasividad. Más aún, en 1984 y 1985, la COB había devenido portavoz de causas difícilmente sustentables ante la nación, en apoyo de sectores medios desprestigiados por su burocratismo, su incumplimiento de deberes sociales y aun por su corrupción.

Paradójicamente, una central obrera de menor composición proletaria que antes resultó con menor capacidad de convocatoria, fue más sectaria y actuó con mayor sentido de sindicato que de conciencia nacional.

CUADRO Nº 3
POBLACION ASALARIADA DE BOLIVIA

Grupo de ocupación	1980 Nº	1980 %	1981 Nº	1981 %
Jornaleros agrícolas	53.975		52.652	
Mineros	42.154		43.624	
Petroleros	4.202		3.938	
Fabriles	109.484		103.604	
Constructores	46.447		38.713	
Energía, agua, alcant.	4.535		4.573	
Ferroviarios, choferes, etc.	50.322 *		52.035 *	
Total obreros	**311.119**	**52,1**	**299.139**	**51,0**
Agropecuarios	1.519		1.538	
Minería	7.841		8.002	
Petróleo	2.470		2.312	
Industria	6.731		6.414	
Construcción	8.701		7.310	
Energía, agua y alcant.	2.230		2.261	
Transporte y comunic.	11.979		12.254	
Comercio	23.217		22.589	
Finanzas y seguros	13.399		13.308	
Servicios	207.327		210.690	
Total empleados	**285.410**	**47,9**	**286.678**	**49,0**
Total general	**596.529**	**100,0**	**585.817**	**100,0**

* Estimaciones
FUENTE: Idem cuadro Nº 1.

CUADRO Nº 4
SECTORES DE MAYOR FUERZA SINDICAL

Grupo de ocupación	1980 Nº	1980 %	1981 Nº	1981 %
Mineros	42.124		43.624	
Petroleros	4.202		3.938	
Fabriles	109.484		103.604	
Total obreros	**155.840**	**39,6**	**151.166**	**38,5**
Petróleo	2.470		2.312	
Energía, agua y alcant.	2.230		2.261	
Transporte y comunic.	11.979		12.254	
Finanzas y seguros	13.399		13.308	
Servicios	207.327		210.690	
Total empleados	**237.405**	**60,4**	**240.825**	**61,5**
Total general	**393.245**	**100,0**	**391.991**	**100,0**

FUENTE: Idem cuadro Nº 1.

Hasta ahora, la COB nunca había sido un sindicato en el sentido occidental del término[5], en primer lugar, porque en su momento constitutivo no arrancó de demandas salariales, sino de la lucha por el poder y por la administración del Estado. En segundo lugar, porque asumir la concepción occidental había supuesto la existencia de una ideología burguesa plenamente asentada en la sociedad y no es éste el caso de Bolivia; al menos no lo era en 1952. Bolivia jamás pudo contener la ideología dominante como consenso sino como coerción y el sindicalismo tampoco pudo ser asimilado como instrumento de conciliación de intereses.

Para los trabajadores, la COB fue siempre su sindicato, su instrumento de unidad y su herramienta política para obtener mejoras salariales, pero también para constituir verdaderos frentes sociales, supliendo en esto último la ausencia de partidos obreros modernos. De ahí que, a pesar de las tesis políticas socialistas aprobadas en congresos, a pesar de la influencia trotsquista en ciertos períodos de su historia la central obrera haya acaudillado la lucha democrática del país, demostrando que una cosa es que las dirigencias aprueben un programa radical y otra que ese mismo programa exista carnalmente en las masas[6].

Los estratos medios, empero, asumieron su novel militancia en la COB a la manera de un sindicalismo a ultranza; como medio para contener y, si era posible, remontar su pauperización. Con esa orientación y a pesar de las declaraciones, sus cuadros impusieron desde 1984, desde el VI Congreso de la COB, una línea salarialista y profundamente sectaria con cualquier corriente discrepante[7].

Surge así otro componente de la crisis del movimiento obrero boliviano: el sectarismo, fenómeno cuya proscripción radicaba en dos prácticas colectivas profundamente arraigadas: la unidad y la democracia obrera, prácticas que no eran resultantes de tesis políticas algunas, sino de acumulación ganada en la necesidad de supervivir como movimiento organizado en una sociedad polarizada, en la que la autonomía relativa del Estado se acorta a la medida del exiguo excedente y hace de los gobiernos instrumentos virtualmente directos de la clase dominante. Así como para los obreros rusos la idea del soviet es obra espontánea suya, de cuya experiencia debieron aprender teóricos como Lenin y Trotsky[8], para los obreros bolivianos la unidad y la democracia interna constituían datos primarios de su instinto de conservación que empezaban a desaparecer al calor de una crisis profunda.

Injusto sería atribuir la crisis actual del movimiento solamente a la mayor incidencia de los sectores medios, como sería esquemático responsabilizar a la economía de todos los efectos desarticuladores que se observan a nivel sindical.

5 Lazarte, Jorge: "La democracia sindical y las condiciones óptimas de su realización". En **Tendencias Sindicales Después del VI Congreso de la COB**, Ed. CINCO, La Paz, 1985.
6 Zavaleta, René: **El Poder Dual en América Latina**, Siglo XXI, México, 1974.
7 VI Congreso de la COB se realizó en 1984 allí fueron barridos los dirigentes obreros históricos, con excepción de Juan Lechín.
8 Zavaleta, René: "Forma clase y Forma multitud", en **Bolivia Hoy**, Siglo XXI Editores, México, 1983.

Habrá, pues, que asignar su cuota pertinente a las corrientes políticas obreras.

Las corrientes internas

Si la Central Obrera Boliviana acciona sobre el mar de fondo de los condicionantes estructurales, las fuerzas políticas lo hacen a partir del marco de referencia que establece la experiencia de los trabajadores, determinada, a su vez, por su momento constitutivo y por su historia.

A fuer de verdad, luego de la hegemonía del MNR, entre 1952 y 1960, ningún partido político ha logrado gravitar en los trabajadores como para orientar en un sentido o en otro el accionar de la central obrera. Y no se trata de una técnica monopolizada por aquel partido y no aprendida por los otros, pues cuando el propio MNR trató de organizar una central paralela en 1964 se quedó sin obreros y cayó del gobierno.

Lejos del control que tuvo el MNR, pero con una importante influencia, fue seguramente el Partido Comunista el partido que mayor desarrollo alcanzó entre los trabajadores y ello se tradujo en un peso específico en la COB entre 1960-1967 y entre 1976-1982. Por momentos, este privilegio fue compartido con el trotsquista Partido Obrero Revolucionario (POR), inspirador de las Tesis de Pulacayo y de cuanto documento político emitieron los obreros hasta antes de 1971[9].

Sin embargo, el predicamento de los comunistas se mantuvo siempre a nivel de cuadros dirigentes, sin penetración importante en la base y la de los trotsquistas y sus fracciones se desarrolló a un nivel programático. El movimiento de la masa nunca fue ganado plenamente por estas corrientes y casi podría afirmarse que luego de la experiencia del cogobierno con el MNR, programa y movimiento de masas parecen elementos que se buscan sin nunca encontrarse.

Quizás precisamente por ello, porque carece de programa y cabalga sobre el movimiento de las masas, Juan Lechín, el líder histórico de los obreros bolivianos, pesa más que las corrientes y partidos que actúan al interior de la Central Obrera Boliviana. En la coyuntura actual, por ejemplo, los comunistas han dejado de influir entre los obreros, luego de que su paso por el gobierno les granjeara la animadversión generalizada y los trotsquistas se han esfumado tras divisiones y subdivisiones que los han relegado a algunos sindicatos de capas medias.

La COB nació con Lechín y, de algún modo, él resume su experiencia, sus virtudes y sus defectos. De la proscripción y la represión, los obreros ingresaron a la política y a la administración del gobierno con él y cuando el poder los marginó del gobierno, el caudillo se fue con ellos para volver una y otra vez a la conducción sindical. Lechín es, pues, el referente más claro de los trabajadores porque es parte de su vida misma, pero es un referente político-sindical y no político partidario o

9 Las Tesis de Pulacayo fueron aprobadas por los mineros en su I Congreso Extraordinario celebrado en 1946.

electoral. De ahí que la enormidad del dirigente obrero se empequeñezca hasta el ridículo cuando pretende la Presidencia de la República.

En ese margen de autonomía que los fenómenos sociales conceden a las personalidades, Lechín tiene gran importancia y, por lo menos, una parte de la historia de la central obrera es la historia de los aciertos y desaciertos de este caudillo laboral en un país caudillista y mesiánico. En su lucha cotidiana, en su enfrentamiento diario con el Estado, las masas siguen al caudillo, al que conocen como a sí mismas; pero en las elecciones, en ese gran juego de ganadores, votan por el Mesías, alguien que conocen poco, pero al que le atribuyen condiciones de salvar a la nación.

En su ámbito, son, pues, importantes las alianzas del caudillo sindical y ellas se orientan desde 1984 hacia los pequeños grupos radicales de izquierda que llevaron a la COB a un enfrentamiento radical con el gobierno populista de Siles Zuazo (1982-1985).

En el entendido de que Siles Zuazo podría ser el Kerensky boliviano y que, consecuentemente, algo similar a la Revolución de Octubre se perfilaba en el país, estos grupos radicales promovieron entre 1984 y 1985 los movimientos huelguísticos más virulentos de los últimos años, incluyendo la huelga general indefinida más larga de la historia del país (24 días en marzo de 1985). El resultado no fue la insurrección, sino la caída de Siles Zuazo y el advenimiento - vía elecciones - del gobierno conservador de Paz Estenssoro.

Con Paz Estenssoro parece haberse completado un círculo. Fue el líder en 1952, cuando se fundó la Central Obrera Boliviana y las masas laborales incursionaron con tremendo vigor en la política; con él, aunque seguramente también a pesar de él, se gestaron las principales conquistas de los trabajadores del país. Hoy, es Paz Estenssoro quien revierte aquellas conquistas, anula el régimen de contratos colectivos de trabajo, congela los salarios, libera los precios, y dispone el despido de miles de trabajadores de la administración pública y de las empresas estatales, las principales generadoras de empleo en el país.

Esta vez, las medidas gubernamentales han encontrado un movimiento obrero sumido en la más grave de sus crisis. Sus intentos de respuesta fueron, a su vez, repelidos con una dosis de represión, apenas la necesaria para un proletariado agotado prematuramente en movilizaciones tan radicales como inútiles que, junto con acelerar la caída de Siles Zuazo, le granjearon a la COB la antipatía de los estratos medios urbanos y la indiferencia de la mayoría nacional campesina, poco interesada ésta última en reivindicaciones estrictamente salariales.

La vanguardia minera enfrenta - cuando no - el mayor peso en esta crisis. Desde el punto de vista político-sindical la huelga ha dejado de ser un medio importante de presión en las minas, ya que, debido a la caída del precio del estaño en el mercado mundial, el gobierno prefiere la paralización de actividades a pagar salarios que,

por sí solos, representan un valor mayor que el del precio del mineral. Desde el punto de vista ocupacional, con despidos o sin ellos las minas vienen paralizándose sin remedio y los trabajadores han iniciado la migración hacia las ciudades, hacia las zonas de nueva frontera agrícola, hacia los países vecinos.

Los especialistas discuten si se agotó o no el ciclo de la minería en el país, pero, mientras tanto, el movimiento obrero viene perdiendo su núcleo articulador y no cabe duda de que cuando ello termine de acontecer nada volverá a ser igual en Bolivia y mucho menos en el sindicalismo.

Por de pronto, habrá que concluir que tal como periclitó el ciclo de la reforma agraria y el ciclo del estaño, al menos en las modalidades vigentes, parecen haberse cerrado definitivamente todas las posibilidades para el tipo de país surgido de la revolución nacional de 1952. En su agonía, el agotamiento de un patrón de acumulación se lleva también por delante a las instituciones que engendró, entre ellas, a las sindicales.

Aun así, los campamentos mineros a punto de convertirse en poblaciones fantasmas, son todavía escenario de las discusiones sobre el porvenir de la nación. El hombre del subsuelo, conocedor de los secretos de las entrañas de la tierra, se niega a creer que las posibilidades minerales se hayan agotado, y como queriendo volver a marcar con su presencia el futuro, el sindicato minero de Catavi ha planteado el cambio de rumbo de la minería de su actual sentido exportador hacia una vocación de industrialización.

Referencias

Bonilla, Heraclio, EL MINERO DE LOS ANDES. - Lima, Perú, IEP. 1974; Forma clase y Forma multitud.

Zavaleta, René, BOLIVIA HOY. - México, Siglo XXI Editores. 1983; La democracia sindical y las condiciones óptimas de su realización.

Lazarte, Jorge, TENDENCIAS SINDICALES DESPUES DEL VI CONGRESO DE LA COB. - México, Siglo XXI. 1974;

Zavaleta, René, EL PODER DUAL EN AMERICA LATINA. - Siglo XXI, México, 1974.